

LA GLOBALIZACIÓN, ¿AMENAZA U OPORTUNIDAD?

Introducción

En el discurso teórico contemporáneo nos topamos, con frecuencia, con la irrupción de nuevos términos cuya fortuna puede resultar discutible, pero que, en cualquier caso, consiguen consolidarse como referentes conceptuales ineludibles. La enorme capacidad de convocatoria de estas “nuevas ideas”, su rica variedad de implicaciones teóricas y su impronta novedosa le confieren ese carácter sugerente e irresistible, que propicia su hegemonía en el debate teórico de una determinada época.

La “globalización” es uno de esos grandes iconos de la hora presente que precisan ser contemplados. Si una palabra resonó abundantemente entre los politólogos, en la sociología y la comunicación en los años noventa, esa fue la palabra globalización.

Cuando esta palabra hace irrupción en los lenguajes de periodistas, tecnócratas, intelectuales y políticos por igual, nos hallamos ante una curiosa coincidencia pública pero cuando, además, evoca imágenes de perfección (globo, esfera, ciudadanía internacional) la imaginación colectiva tiende a fascinarse con estos nuevos símbolos.

En busca de algunas claves para resignificar esta palabra-símbolo tan ambigua, proponemos releer en este trabajo los textos de Maritain, uno de los filósofos que más influencia ha tenido en los vastos sectores culturales cristianos y no cristianos del S. XX.

El examen que hace Maritain está estructurado desde una visión aristotélico- tomista, aunque interpretada de manera libre y flexible, a la cual se suma la dificultad de no haber utilizado jamás el vocablo “globalización” en sus obras. Sin embargo, su análisis no dista del que hoy día se lleva a cabo en estos términos aunque difiere de éste en que no pierde de vista la importancia de la inspiración evangélica, garantía y vitalidad de todo orden cultural y político.

Frente a la inevitable realidad de este mundo global, los Cristianos debemos aportar elementos que hagan a este “nuevo orden” un orden humano. En esta línea Santo Tomás y Maritain expresaron su pensamiento. Es reconfortante y motivador encontrarse- en medio del relativismo y la confusión actual- con una reflexión centrada en el hombre que va a al raíz de la insatisfacción de extensos sectores sociales.

El problema de la unificación política del mundo

Hombre y Estado es la obra que recoge seis conferencias que han tenido lugar en la universidad de Chicago en el año 1949. Dichas conferencias se centraron principalmente en la necesidad de avanzar hacia una forma superior de organización política mundial, como garantía de la paz, la libertad y el desarrollo. El propósito del trabajo consistía en demarcar los límites para una organización social, tanto doméstica como internacional, de fuerte raigambre pluralista y respetuosa de los derechos naturales de la persona, tendientes a promover una paz duradera.

En los mismos propósitos de estas conferencias, hallamos una fuerte y vigente relación con la situación que el mundo de hoy enfrenta. Como ejemplo podemos citar la “impotencia” de la ONU ante el problema del Oriente Medio o el estancamiento de las negociaciones de la OMC para liberar el comercio. Ambas cuestiones remiten a lo mismo: la exclusión y la marginalidad de unos respecto de otros. Y en ambos casos, la incapacidad de los organismos del sistema multilateral para canalizar soluciones viables y aceptables por todos.

En el último capítulo de esta obra, Maritain se centra en la cuestión del “gobierno mundial”, esencial para la pervivencia de la humanidad pues advierte que el mundo se halla frente a una alternativa constante: “o una paz permanente o un serio riesgo de destrucción total.”¹ Santo Tomás, ya decía, que el mayor de todos los bienes en una ciudad, que garantiza el bien común, es la conservación de su unidad, unidad que recibe el nombre de paz, alejada la cual desaparece la utilidad de la vida social, siendo además insoportable a sí misma una sociedad que está dividida. En tal sentido, la unidad de la sociedad que se consigue a través de la paz es el mayor de los bienes de una ciudad en el cual sus habitantes, y sobre todo, la autoridad, deben dirigirse a lograrlo. Paz, orden y consecución de las necesidades de subsistencia se revelan como los principios rectores de toda comunidad para lograr que los individuos puedan alcanzar la contemplación de la esencia divina.

Es en la línea del Aquinate que Maritain afirma que para que la paz sea duradera no alcanza con las leyes que rijan la interdependencia de las naciones, porque dicha interdependencia lo es sólo en sentido económico y como resultado de un proceso técnico y material. Más bien es menester que sea de orden político y racional.

¹ Maritain, Jacques; *Hombre y Estado*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1983, pág. 210.

Lo que acabamos de citar fue anunciado en el siglo XIII y retomado hace casi sesenta años atrás pero ¿Qué podríamos decir hoy?

Como expresamos anteriormente, Maritain no utilizó el término globalización, pero su análisis no dista del que hoy día se lleva a cabo en esos términos. ¿Es posible plantear una sociedad política mundial que asegure la paz? ¿Cómo se explica esta situación y por qué no es posible ponerle remedio en una perspectiva global?

Lo primero es tener claro que el sistema internacional es sólo el reflejo de lo que los Estados están dispuestos a aceptar. Y ello se mantiene así porque existe un problema de concepción básica de lo que es una “comunidad internacional”.

Constatada la precariedad de la interdependencia económica, el filósofo galo advierte la necesidad de estructuras morales y políticas que la sustenten. Para esto, según Maritain, es necesario superar primero el concepto de “soberanía del Estado”. Para él el Estado no es soberano absolutamente sino sólo un órgano instrumental que disfruta de plena autonomía pero como un delegado que ejerce el gobierno y al que se le otorgan ciertas funciones (funciones relacionadas a la libertad, justicia, etc.) Si las relaciones internacionales se fundasen sobre la soberanía absoluta del Estado en la acepción moderna del término, dichas relaciones se asentarían sólo en cuestiones de poder, cambiantes y peligrosas.

Dice al respecto:

“Hegel no ha inventado la idea del Estado-persona sobrehumana, pero le ha dado su plena expresión metafísica. El Estado moderno, heredero de los reyes de antaño, se concibió a sí mismo como una persona superior al cuerpo político, que, o domina desde arriba o le absorbe en sí mismo.” (...) “Por otra parte, no olvidemos que esa tendencia al dominio supremo y a la suprema amoralidad, que se ha desarrollado plenamente y ha encontrado su plena expresión en los Estados totalitarios, no es en modo alguno inherente al Estado en su naturaleza real y en sus verdaderas y necesarias funciones, sino que resulta de una noción pervertida, parásita del Estado moderno y de la que la democracia tendrá que deshacerse si quiere sobrevivir.”²

Ahora bien, si el cuerpo político no es asumido por el Estado- continúa el autor- se pueden crear otros instrumentos institucionales ya sea de nivel nacional o internacional.

² Maritain, Jacques; O. C., pág 213.

Maritain argumenta que no se puede perseguir un gobierno mundial por medio de una “teoría puramente gubernamental de la organización del mundo” ya que esto conduciría a un “Estado Absoluto”, una especie de “Imperio democrático multinacional” que no sería mejor que otros.

Para el filósofo francés la cuestión está en que se ha extrapolado a nivel internacional la idea de la soberanía de los Estados, como si éstos, en lugar de ser una construcción jurídica, fueran “personas” y en consecuencia dotados de derechos naturales anteriores a cualquier estructura. Por lo tanto, si el sistema internacional se sostiene sobre la idea de una agrupación de Estados soberanos, cada uno de los cuales pretende tener derechos inalienables que chocan necesariamente con los de los demás, no hay posibilidad de llegar a una convivencia equilibrada, que garantice los derechos de todos sin un poder supranacional mundial **legitimado socialmente** que custodie el bien común, ya que cuando las soluciones no son del gusto de uno de los Estados, éste no las acata porque lacera su propia existencia; de ahí la hegemonía de hecho de determinados Estados sobre otros.

Por lo antedicho, esta propuesta sólo podrá implementarse a largo plazo dado que la sociedad mundial sólo puede ser considerada “sociedad perfecta” si se organiza sobre el plano jurídico pero teniendo su fundamento sobre el plano moral; esto es considerando la ley natural y del *ius gentium*. Así, en tanto “sociedad perfecta”, podría garantizar la propia paz interior y exterior, tal como lo afirmaron Santo Tomás y Aristóteles.

El filósofo francés, ve claramente que no alcanza con una organización simplemente gubernativa, porque el Estado es sólo una parte del cuerpo político. No se trata de crear un “Super Estado”, sino una comunidad fraterna basada en la amistad, en los sacrificios de los intereses individuales y del grupo y en la adhesión voluntaria de los pueblos a vivir juntos para procurar el bien común de la humanidad. Maritain se inclina por un movimiento global sustentado en el sentimiento compartido de los hombres de pertenecer a la familia humana.

En otros términos, radicando la soberanía en el pueblo, en la sociedad política, podríamos avanzar hacia la construcción de una “sociedad política mundial” o “sociedad política internacional organizada”. En ella, la lógica para construir un gobierno mundial sería la misma que en una fase de la evolución llevó a la construcción de los gobiernos locales o nacionales: la agrupación natural de personas próximas y con realidades comunes que se dan una organización determinada y que se expresa jurídicamente.

Una comunidad fraterna basada en la amistad

Decíamos al comienzo de esta comunicación que Jacques Maritain, si bien no utilizó el término globalización no sólo se adelantó a la problemática global sino que propuso como modelo de civilización universal una sociedad fraterna basada en la amistad.

Es de resaltar que la filosofía de dicho autor también introdujo algunos vocablos por demás significativos para la época; términos a los que tal vez hoy día estemos acostumbrados pero cuya significación aporta una luz de esperanza ante las funestas perversidades a las que puede conducirnos el “mundo global” tal como hoy se halla planteado.

Uno de los más fuertes impactos en el pensamiento maritainiano fue el debate que sea abrió, a propósito de la introducción, por parte de Maritain, de conceptos como “orden temporal nuevo”, “nueva civilización” o “nueva cristiandad”.

El término, que fue mutando a lo largo de la obra del autor (“cristiandad”, “nueva cristiandad”, “nuevo orden”, “mundo nuevo”, entre otros), lejos de ir cambiando su significado profundo a lo largo del tiempo o irse laicizando (como afirman algunos), designa, en primer término, el influjo vital de la gracia sobre la civilización. Si Maritain viviera hoy opondría al mundo globalizado – tal como se presenta en la actualidad- un Nuevo Orden, tendiente a realizar la “Sociedad política mundial”, esto es un cuerpo de naciones soberanas ordenadas hacia el Bien Común universal, proyecto que supondría, lógicamente, la vuelta del hombre a Dios.

El libro *Primaute du spirituel* encierra expresiones riquísimas en contenido como “cristiandad espiritual” y “orden temporal nuevo” que indican el trabajo que los cristianos deben realizar para lograr una civilización de inspiración cristiana, orientada hacia los bienes temporales y los del espíritu.

Esta ciudad temporal estaría, pues, asentada en una concepción digna y elevada de la persona humana y de sus fines. La persona sería su centro, el alma de la Ciudad, que habría de llevar al ánimo de las gentes empleando para ello sobre todo medios espirituales.

La obra común humanista debe nacer de la elección de los hombres de vivir juntos y en paz, a fin de conseguir el bien temporal. Esta obra exige una inspiración religiosa, lo que no implica la instauración de un credo particular. Se trata de una concepción teísta de la cultura, cuya realización efectiva requiere del respeto y de algo más que la mutua tolerancia.

Cabe aclarar aquí que la tolerancia de la cual habla Maritain en este punto no es una especie de relativismo universal sino lo que él, en varias oportunidades, designó mediante el vocablo inglés *fellowship*. Desde esta perspectiva, la tolerancia entre los hombres adquiere una dimensión superior, ya que supone comprender que a pesar de la diversidad los hombres son “compañeros de camino” y deben aprender a vivir juntos. En este sentido, el concepto de *fellowship* entre los miembros de diferentes familias culturales o religiosas aparece como central en la obra común de una civilización verdaderamente universal. El programa del “Nuevo Orden” es la unidad en la pluralidad, o sea no una cristiandad monolítica, sino una cristiandad según las variables culturales.

“Como se ve, la noción de cultura cristiana describe la universalidad de la civilización como un fruto de la penetración y vivificación del cristianismo en todas las culturas particulares de la tierra. Esta unidad universal de la civilización es descripta como una unidad análoga a la Iglesia, por eso no anula la diversidad propia de cada cultura. Esta analogicidad (sic) entre la civilización universal y la catolicidad de la Iglesia es lo que permite afirmar la realidad y la posibilidad históricas de una civilización verdaderamente universal en la cual se realice la síntesis integradora de unidad y diversidad.”³

Será una sociedad civil fundada sobre la tolerancia y la amistad. Un Estado “pedagogo de la libertad”, una sociedad que se funda en la dignidad de todos los hombres, sin importar sus diferencias.

Se deberá tratar de una obra humana animada por lo espiritual en nombre de la amistad fraterna, en la cual, creyentes y no creyentes, puedan colaborar. Será una civilización vitalmente cristiana, es decir, cristianamente inspirada y animada.

Ante el siguiente cuadro debemos decir que Jacques Maritain en ningún momento está proponiendo un relativismo cultural. Ante el devenir cultural podrían tomarse tres posturas, la univocista que no acepta ningún tipo de diversidad (lo cual es por demás imposible) y

³ Scarponi, Carlos A.; *La filosofía de la cultura en Jacques Maritain: génesis y principios fundamentales*, EDUCA, Buenos Aires, 1996, pág.776.

propone un modelo único de cultura; la equívoca, que acepta la diversidad aún cuando los principios supremos sean contradictorios y la análoga, que acepta la convivencia de la diversidad siempre y cuando no se lesione el Bien Común. Maritain asume esta última. Por ello debemos decir:

a) El proyecto del “Nuevo Orden” se apoyó en el único cristianismo: el del Evangelio, centrado en Cristo. No presentó Maritain la Nueva Cristiandad como una ideología cuya meta sería resolver todos los problemas sino que lo importante de la propuesta maritainiana no está tanto en la forma de cristiandad ofrecida como en el acto de denuncia contra los “humanismos” terrenos reduccionistas.

b) La grandeza de su mensaje está sobre todo en la visión profética de un mundo que se encamina a la autodestrucción y cuya única salvación y *esperanza* sería construir un orden “humano integral”.

Por todas estas razones es que nos atrevemos a decir, casi con total certeza, que el “Nuevo Mundo” del que habló Maritain en términos de “civilización fraternal” no es ni más ni menos que la “civilización del Amor” de la que tanto habla Pablo VI y nuestro querido Juan Pablo II; una civilización cuya inspiración Cristiana no desmedre las particularidades fruto de la diversidad cultural.⁴

Conclusión

El cristianismo debe penetrar y vivificar completamente las culturas y esto significa que nuestro autor desea recuperar las conquistas de la modernidad y superar los inconvenientes. Para ello apeló a la universalidad de la Iglesia que permite reconocer aquello que de bueno y verdadero tienen las culturas. El autor enfatiza la necesidad de desarrollar una adecuada Filosofía de la Cultura y de la Historia, y una Filosofía Política que esté iluminada por la misma. Una Filosofía Política que no esté en un vínculo vivo con una Filosofía de la Cultura y de la Historia, es como un "instrumento" del cual se desconoce su "finalidad". La Filosofía Política se mueve en el orden de los medios y la Filosofía Política más en el orden de los Fines. En Maritain, el fin que plantea la actual situación histórica es tender a una Civilización Fraternal de Hombres libres de alcance universal. En orden a ese fin de muy

⁴ En este sentido puede entenderse también un auténtico ecumenismo.

largo alcance pensó la Filosofía Política que pone las bases sobre como llegar a ese fin. Su propuesta no es ni más ni menos que la concepción que propone Pablo VI cuando habla del ecumenismo (entendido seriamente) y tal cual lo propusiera en su pontificado Juan Pablo II cuando menciona la relación de la Iglesia con las diversas culturas.

María Laura Picón de Alessandrini